

Si ayer hablábamos de que estamos en «tiempo de testigos», la liturgia nos trae en este día la figura de un Testigo con mayúscula, por ser uno de los primeros apóstoles en ser llamado por Jesús: Andrés. Y me resultan muy luminosas y oportunas las palabras de Pablo en la primera lectura para reflexionar sobre cómo ser testigos hoy en, estos tiempos de cambio.

Si confiesas con la boca...

Una invitación personal: atreverme a decirlo, no dejar que lo adivinen otros; nada de que se quede en el interior como una cosa privada, como un asunto mío. Tengo que poner palabras a mi experiencia interior para que otros comprendan lo que supone para mí que «Jesús es mi Señor». Confesar, revelar algo muy íntimo, que de otro modo quedará escondido e inútil; confesar es proclamar con valentía, públicamente, y asumir las consecuencias de ser un «tocado por Dios». No solemos hacer esto con demasiada frecuencia los curas. No es lo mismo hablar de Cristo, que ser testigo, confesar, revelar una experiencia.

Y tu corazón cree que...

El corazón en la cultura semita no es el lugar del sentimentalismo, de lo privado. El corazón es el yo, el centro vital de las personas, donde residen (entre otras cosas) los valores, las opciones, las decisiones, las creencias... El corazón se «fía de Dios», cree, cuando le deja ocupar el centro de mi persona, cuando afecta a lo más mío, de modo que mi vida pueda ir siendo reflejo, expresión, actualización de Jesús. Dicho con palabras del propio Pablo: Ya no soy yo el que vive, sino Cristo quien vive en mí. Esto es creer (tal vez mejor decimos «ir creyendo») que Cristo ha resucitado no como una ideología sino como una experiencia vital que se convierte en testimonio, en signo, en prueba de esa resurrección.

Todo el que invoca el nombre del Señor...

Invocarle supone querer, desear, estar dispuesto a establecer una relación con Él, dirigirse al Señor como alguien vivo que me puede responder, que me aportará algo, al que necesito. Pero...

¿Cómo creerán si no han oído hablar de Él, si nadie les anuncia?

Me inquieta comprobar que muchos «cristianos» de hoy (incluidos catequistas y monitores, agentes de pastoral...) apenas conocen y hablan expresamente de Jesús de Nazareth. Hablan de cómo ser buenos cristianos (ética), hablan de valores, de compromiso social, de... y Jesús y su mensaje evangélico empieza a ser el gran desconocido, el gran silenciado. Éste era el contenido central de la predicación apostólica. Hablaban y anunciaban lo que habían vivido estando con Él.

Hoy es fundamental hablar y testimoniar lo que Jesús ha hecho conmigo, lo que hemos vivido estando con él. Ofrecer mi humilde experiencia del Dios que me ama, me elige, quiere entrar en relación amorosa conmigo... y me cambia la vida porque la vive conmigo. Aquello de María de Nazareth: El Poderoso ha hecho obras grandes por mí, conmigo; me hace mejor, más feliz, más fuerte, más esperanzado y positivo, más... Ya lo ha dicho Pablo: La fe nace del Mensaje y el Mensaje consiste en hablar de Cristo.

Por eso... ¡qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio (buenas noticias)

Qué bellos los labios que saben hablar de un Jesús que conocen personalmente

Qué bellos los pies que llegan a las situaciones de desolación y saben ofrecer una palabra de consuelo y esperanza

Qué bellos los labios que saben destacar lo bueno, cuando otros ven sólo confusión, desolación y pecado

Qué bellos los pies del evangelizador que salen a buscar a quien necesitan y esperan noticias de Dios

Qué bellos los labios que saben pronunciar palabras de ternura, acogida, comprensión, misericordia, sanación

Qué bellos los pies del Mensajero que sabe que ha sido enviado por Otro para que anuncie que

Dios está cerca, vivo, accesible y se llama Jesús de Nazareth

Ojalá que se pueda decir de ti y de mí: ¡Qué bellos tus pies, qué bellos tus labios! San Andrés nos ayude a conseguirlo.

Enrique Martinez cmf